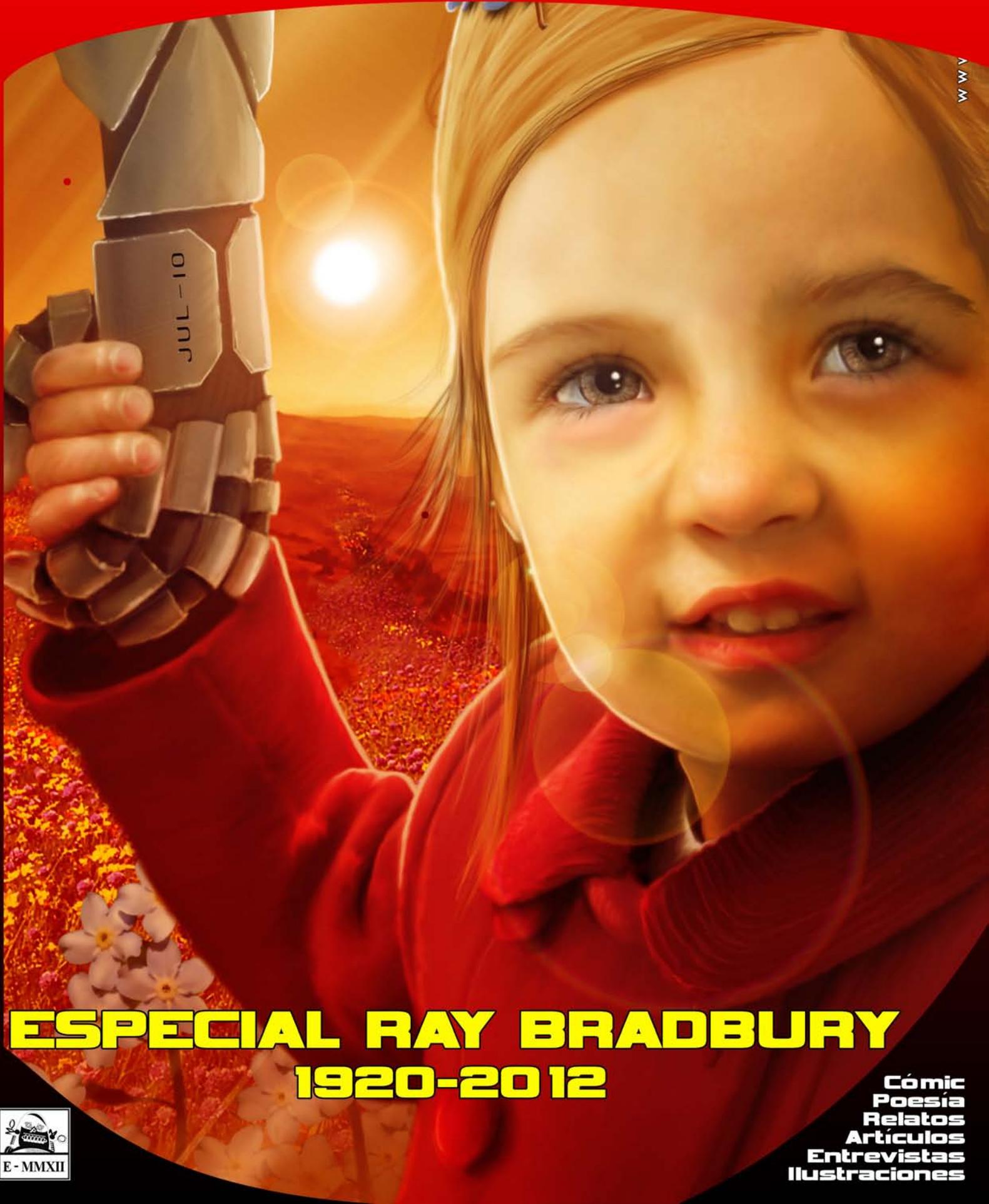


Planetas Prohibidos

Revista de Ciencia-ficción, Fantasía y Terror



www

<http://planetasprohibidos.blogspot.com/>

**ESPECIAL RAY BRADBURY
1920-2012**



Cómic
Poesía
Relatos
Artículos
Entrevistas
Ilustraciones

PLANETAS PROHIBIDOS es una revista cuatrimestral de ciencia ficción sin ánimo de lucro. Su objetivo es la difusión de artículos, relatos e ilustraciones del género.

AVISO LEGAL. Los textos e ilustraciones pertenecen a los autores, que conservan todos sus derechos asociados al © de su autor.

El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en PLANETAS PROHIBIDOS para difundirla por Internet en formato pdf y epub. No obstante, los derechos sobre el conjunto de PLANETAS PROHIBIDOS y su logo son © del Grupo PLANETAS PROHIBIDOS.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de PLANETAS PROHIBIDOS.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

El Grupo PLANETAS PROHIBIDOS está compuesto por Lino Moinelo, Guillermo de la Peña, Marta Martínez y Jorge Vilches.

BLOG

<http://planetasprohibidos.blogspot.com>

CONTACTO

revistaplanetas@gmail.com

NORMAS DE PUBLICACIÓN. La revista PLANETAS PROHIBIDOS está dedicada a la ciencia ficción, pero también a la fantasía y al terror como géneros afines. La revista acepta relatos, artículos, ilustraciones y cómics, de tema libre, formateado en Trebuchet MS 12 pto, párrafo justificado y salto de una línea. Si en el plazo de dos meses la revista no ha contestado, la obra se considera desestimada.

CONSEJO DE DIRECCIÓN: Jorge Vilches, Lino Moinelo, Guillermo de la Peña y Marta Martínez.

EDITOR Y COORDINADOR DE ESTE ESPECIAL: J. Javier Arnau

MAQUETACIÓN: Jorge Vilches.

COLABORAN EN ESTE NÚMERO:

ILUSTRADOR DE PORTADA: Pablo Uría
DISEÑO Y MAQUETACIÓN DE PORTADA: Marta Martínez

EDITORIAL: Jorge Vilches

RESTO DE ILUSTRACIONES: Guillermo de la Peña.

ESCRITORES: Jorge Vilches, Guillermo de la Peña, Carlos M. Federici, Gabriel Romero de Ávila, Juan Carlos Pereletegui, J. Javier Arnau, Jorge Zarco Rodríguez.

ESPECIAL RAY BRADBURY

INDICE

3/ EDITORIAL, por Jorge Vilches

4/ CUANDO CREZCAN DE NUEVO LAS FLORES, por Carlos M. Federici y Pablo Uría.

8/ LECTURAS DE UN (JODIDO) MORIBUNDO, por Juan Carlos Pereletegui.

14/ GRIS, por Gabriel Romero de Ávila.

17/ BRADBURY FOREVER, por Jorge Zarco Rodríguez.

19/ BRADBURY Y EC CÓMICS, por J. Javier Arnau.

20/ LAS CRÓNICAS MARCIANAS DE RAY BRADBURY, por Jorge Vilches.

22/ LA POESÍA MARCIANA DE RAY BRADBURY, por Guillermo de la Peña.

24/FAHRENHEIT 451, ilustración por Guillermo de la Peña

Hemos perdido a uno de los grandes. Es difícil explicar el vacío que deja en el alma la muerte de uno de los escritores con los que hemos crecido y soñado, que nos ha hecho disfrutar, sonreír, pensar,... ir un poco más allá. Solamente por eso se merece todo nuestro agradecimiento.

Enseguida surgió la idea de hacer un especial, un sentido homenaje a **RAY BRADBURY**, el hombre de la ciencia-ficción que nunca montó en avión, aquel que pronosticó su propia muerte y erró (afortunadamente). Javi Arnau coordinó el número, recopiló lo que teníamos publicado sobre Bradbury y su obra, y contactó con varios autores para conseguir sus trabajos; unos trabajos excelentes, como siempre.

Dentro de la maravillosa producción del maestro fallecido, hemos querido recordar tres trabajos en especial: *Crónicas Marcianas*, *Fahrenheit 451* y *El Hombre ilustrado*. Son tres **OBRAS ATEMPORALES**, cuyo sentido de lo humano es equiparable al mejor sentido de la maravilla; tres obras que todo aficionado a la ciencia-ficción de calidad debe haber leído ya.

En este especial, el primero que sacamos en *Planetas Prohibidos*, podréis encontrar datos biográficos, análisis, reseñas y relatos de lo nos ha dado el corazón para homenajear a Bradbury. Hemos contado con una magnífica portada de Pablo Uría -realizada para la ocasión-, y unas ilustraciones impactantes de Guillermo de la Peña. Los relatos de Carlos M. Federici, Juan Carlos Pereletegui y Gabriel Romero de Ávila

lloran a su manera al maestro. Jorge Zarco Rodríguez nos recuerda precisamente la atemporalidad de las ideas y planteamientos que Bradbury dejó en sus obras, y J. Javier Arnau nos muestra la repercusión que tuvo su obra en el cómic EC. Jorge Vilches y Guillermo de la Peña recuperan para este especial lo que para ellos supuso en su vida **CRÓNICAS MARCIANAS**, la novela más conocida de Bradbury y que introdujo un modo distinto de ver Marte y al Hombre.

Muchas gracias a todos por hacer posible este especial **PLANETAS PROHIBIDOS**.

Jorge Vilches





EN HOMENAJE A
RAY BRADBURY

www.pablouria.com

CUANDO CREZCAN
DE NUEVO LAS FLORES

* CARLOS M. FEDERICI *

CUANDO CREZCAN DE NUEVO LAS FLORES

Por: Carlos M. Federici

Ilustración: Pablo Uría

Ya había transcurrido más de un año - 700 días para ser preciso-, y era en verdad primavera, de acuerdo al calendario.

Las vi a través de la pared transparente de La Burbuja..., justo sobre el montículo. Yo no sé qué significa sorprenderse; tampoco entiendo de ironías. Pero de haberse encontrado allí el Señor, con seguridad que habría aludido a uno u otro de esos estados anímicos, si no a ambos.

El Señor... Conservo claramente su recuerdo, por supuesto, aunque fue uno de los primeros en acudir a filas.

—Cuidame bien a la Nena, Julio —me ordenó al partir—. ¡La dejo a tu cargo! (Todos me llamaban siempre así, Julio; aunque no es mi nombre verdadero, finalmente llegué a acostumbrarme). ¡No me falles, Julio!

Esto último era innecesario: bien sabía él que yo obedecería al pie de la letra. Nada le faltó a la Nena en tanto cohabitamos en La Burbuja... Hasta el más insignificante de sus caprichos fue indefectiblemente una orden implícita para mí. Como la vez en que, desde su lecho de enferma, suspiró:

—¡Cómo me gustaría que ya fuese primavera!

Lo expresó hace 700 días. No era lo propio, desde luego: el calendario indicaba que estaban transcurriendo aún las postreras semanas del invierno. Pero yo debía hacerla feliz, de manera que conecté la Primavera antes de tiempo.

Desde el cuarto de controles operé diales y conmutadores, bajé palancas y teclé precisas directivas. Afuera, sobre la arena roja y seca, empezó a extenderse una creciente mancha de verdor. Docenas de tallos con sus hojas se abrieron paso a

través del suelo, ondulando solemnes, como si los meciese una melodía silenciosa. De pronto, múltiples explosiones de color los matizaron: la Primavera “se vestía de flores”, como le gustaba decir a la Nena.

Oprimí nuevos mandos, y hubo un revoloteo de aves trinadoras y una nube de insectos orbitó en torno a las policromas corolas que iban abriéndose por doquier. Enseguida, los campos de fuerza, activados, demarcaron un área resguardada de las tempestades.

—Ya es Primavera, señorita —anuncié.

La Nena se incorporó en el lecho. Parpadeaba, incrédula. Yo había puesto la polaridad en “transparente”, de manera que la escena del exterior se le ofreció en toda su magnificencia a través de La Burbuja.

—¿Primavera, ya? —se extrañó—. ¡Pero si falta...!

—Véalo por sí misma —repuse.

Lo esencial era su dicha, como siempre, no el apego estricto a la norma. Al menos en emergencias como éstas.

Palmoteó, divertida. Comprobé que se le coloreaban las mejillas, lo cual confirmó lo acertado de la decisión adoptada. En cualquier caso, no se dañaba a nadie con aquella leve alteración de fechas, ya que estábamos completamente a solas en Marte desde el comienzo de las hostilidades.

Ella devoraba el paisaje con los ojos. Claro está que no ignoraba que todo era artificial; pero el realismo que yo había logrado conseguir en años sucesivos era bastante aceptable, y además grato a la vista. No creo que nadie, fuera de un experto, habría advertido la diferencia con el producto natural. Las nervaduras de las distintas hojas, por ejemplo, tomadas de viejos hologramas, pasadas por escáner, computarizadas y luego minuciosamente copiadas, revivían en versiones de escrupulosa fidelidad: lo mismo en cuanto a los insectos: incluso el más fino vello de las patas de las abejas correspondía al

modelo original, hasta donde yo podía conocerlo.

Y suponiendo que algo se me escapara..., bien, la Nena tampoco había visto nada de eso en vivo, como marciana de segunda generación que era, y sin haber tenido oportunidad de visitar la Tierra... Su corazón, tan débil, no habría soportado la gravitación del Planeta Materno.

Como fuese, era primavera, ya que la Nena lo necesitaba.

—Saldría afuera, para disfrutar, Julio, pero el frío... Con esta tosecita mía...

Era cierto lo de la tos. Pero de cualquier modo, ella jamás habría dejado la protección de La Burbuja, debido a la gélida temperatura, las frecuentes tormentas de arena y la escasa proporción de oxígeno. Era una especie de simulación que compartíamos: yo le hacía el gusto cada vez que ella pretendía disfrazar la realidad... El Señor me había explicado que eso facilitaría las cosas para ambos.

Solíamos recordar al Señor y a la Señora. Yo, por supuesto, no olvidaba nada de lo ocurrido en otros tiempos, y ella me pedía una y otra vez que le repitiese anécdotas graciosas, hechos triviales y algún drama también, aunque en estos casos le brotaban lágrimas.

— ¿Por qué tuvo que irse papá, Julio? — preguntaba, en voz baja—. ¿Por qué volvieron todos a pelear a la Tierra? ¿Tienes alguna explicación para un absurdo así?

—No puedo interpretar sus razones —le decía siempre—. Su padre habló de “deber cívico” y de “lealtad a la bandera”. Puede suponerse que los demás habrán tenido motivaciones análogas... Cuando le pregunté si eso no me incluía, el Señor me dijo que mi lealtad se la debía a usted, por encima de cualquier otra consideración. Y a eso me atuve.

También había habido lucha en Marte; pero el Señor me ordenó explícitamente que se lo ocultase a ella. De manera que nunca le

mencioné los cientos de cadáveres que fueron incinerados en la gran caldera central de La Burbuja cuando todo terminó. Una minoría, victoriosa sobre los amotinados, partió hacia la Tierra “en defensa de sagrados ideales”, como se lo designaba, y jamás volvió. Tiempo después dejaron de recibirse las transmisiones, y un día la Tierra desapareció del telescopio.

La Nena y yo nos habíamos quedado escondidos, por orden del Señor, cuando todas las familias residentes fueron evacuadas, y se dismantelaron las instalaciones de investigación científica y un enorme silencio cayó una vez más sobre las desoladas planicies arcillosas... Ella debía ser preservada a toda costa, dijo el Señor. Su pequeña vida de tres años le era más preciosa, afirmó (y a mí podía confesármelo sin reticencias), que cualquier principio sobre gloria, honor o patriotismo. De manera que se valió de los privilegios de su alto cargo para reservar, en secreto, un depósito de comestibles cuya destrucción debió supervisar. Sólo yo sabía, desde entonces, cómo acceder a él.

—Si no hubiese sido por ti, Julio —me decía a veces la Nena—, ¿cómo habría yo sobrevivido aquí? ¡Y todo lo que haces para alegrarme, además!...

—Y el próximo año —le respondía yo—, quizás logre por fin ofrecerle flores de verdad, vivas... Estoy probando un nuevo fertilizante.

Durante cuarenta y cinco días de cada mes (cuando quedaba liberado de mis funciones habituales de mantenimiento), trabajaba en lo de las flores. Llegué a contabilizar 27.340 ensayos distintos, utilizando diferentes agentes químicos y térmicos, invariablemente sin éxito. Todos los años, por otra parte, inhumaba mis esporas sintéticas, siempre en base a fórmulas diversas, esperando que algo llegara a crecer en las zonas irrigadas por los equipos destiladores. Pero nada positivo había conseguido.

—¿Cómo te esfuerzas!... —sonrió la Nena, en

aquella Primavera final—. Pero apostaría a que no es solamente por mí que lo haces... ¡Me parece que a ti también te gustaría ver flores de verdad!

—Cabe en lo posible —contesté, con mi imbuida diplomacia.

—¡Lo que sucede es que eres todo un poeta, Julito mío! ¡A ver, rápido! —y levantó de súbito un índice juguetón, para añadir, en fingido tono imperioso—: ¡Te doy un minuto para que me hagas un versito sobre la primavera!

Sólo necesité treinta y tres segundos, dos décimas. No tenía más que bucear en mi memoria y entresacar de viejas estrofas que sabía del gusto de ella —la Nena padecía de marcada proclividad hacia lo anticuado—, para terminar elaborando algo por este estilo:

*Serán tiempos
más dulces,
mejores...
Gozaremos de
tibias y plácidas
brisas,
de aromas
fragantes y alegres
sonrisas,
cuando crezcan de
nuevo las flores.*

A ella le encantaban estos poemas, o “versitos”, como incorrectamente los denominaba... Era durante la época primaveral (ficticia o no) que se endulzaba su vida. Yo hacía lo posible por prolongársela; por eso, a veces, como había ocurrido 700 días atrás, adelantaba un poco la primavera. Pero, desde luego, aquello no podía continuar indefinidamente.

Noventa y ocho años marcianos, de 687 días cada uno, son demasiados para cualquier ser humano. La Nena murió poco después de aquella primavera extemporánea; de acuerdo a su expresa voluntad, no la cremé.

Pero, tras el rito final, sólo un vacío... No

tenía nada programado para después. ¿Mantener en funcionamiento las instalaciones? ¿Continuar sintetizando energía? ¿Con qué objeto? ¿Para qué servía ahora la Burbuja?

Cuando al fin las descubrí, llegada la primavera real a que hacía referencia al principio, salí al exterior para verlas de cerca. Mis pasos marcaban hondas huellas sobre la greda rojiza de Syria Planum; pero las ráfagas reiteradas de una tempestad las deformaban de inmediato.

Me arrodillé junto al montículo bajo el cual descansaba el cuerpo de la Nena. La sombra del Olympus Mons, cuya cima alcanzaba 23 kilómetros de altura, caía sobre él, pero no lograba apagar los colores de la guirnalda viva que lo adornaba.

—Son flores —constaté—. Han crecido al fin.

Con gran delicadeza, mis dedos de acero inoxidable arrancaron una. Tenía el color correcto; también despedía un leve aroma, que mis sensores captaron de inmediato. Decidí que eran perfectas. Su nombre era: *nomeolvides*. Por fin... Debió haberlo causado el ingrediente faltante, ese que jamás había logrado sintetizar en el laboratorio.

La carne y sangre de ella lo habían proporcionado.

Me puse de pie, sin que se escapase siquiera un rumor de mis articulaciones, perfectamente lubricadas. Soy un JUL-10, y puedo seguir activo durante milenios todavía. Pues soy capaz de reabastecerme y de arreglar cualquier parte que se descomponga en mí. Puedo cumplir con mi tarea.

Y ya tengo una: cuidar las flores, para que se propaguen. Algún día, todo Marte estará alfombrado de ellas.

Y será como si la Nena siguiese sonriendo.

LECTURAS DE UN (JODIDO) MORIBUNDO

Texto: Juan Carlos Pereletegui

Gerardo Garrido nunca fue un tipo amable. Por el periodico circulaban historias terribles, todas ciertas, debo admitir; sin embargo yo siempre tuve una relación especial con aquel jefe de redacción, malhablado y déspota. Supongo que en parte me recordaba a mi padre, eternamente malhumorado. O quizás la verdad fuera menos freudiana y todo se debiera a nuestra pasión común por los libros.

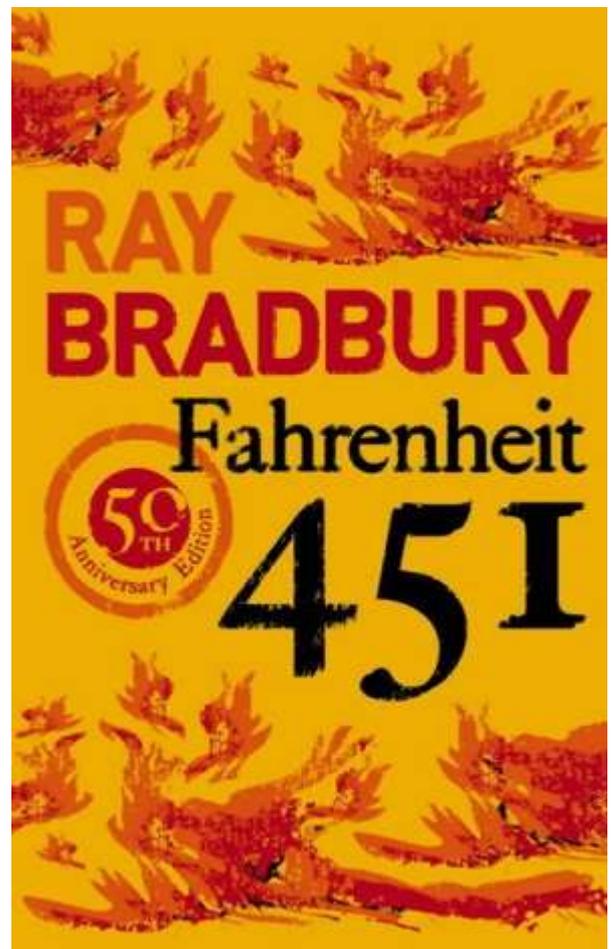
«Ya me han dado número para diñarla, niña», me dijo el día que llamó desde el hospital. Nadie sabía que lo iban a ingresar. Yo odiaba que me llamara «niña», por eso él lo hacía siempre que me tenía que pedir un favor: no soportaba la cortesía hipócrita. Me dictó una lista de libros que debía recogerle en su casa: Fahrenheit 451, 1984, El rebaño ciego, Un mundo feliz, Futuro imperfecto, La naranja mecánica, Fuga para una isla, ¡Hagan sitio! ¡Hagan sitio!, El planeta de los simios, El cortafuegos... «¿No prefieres algo más optimista?», le dije cuando acabé de apuntar. «¡Y una mierda!», me contestó, «quiero palmarla convencido de que estáis jodidos!»

Fahrenheit 451 Ray Bradbury

«Dale a la gente concursos que puedan ganar recordando la letra de las canciones más populares, o los nombres de las capitales de Estado o cuánto maíz produjo Iowa el año pasado. Atibórralos de datos no combustibles, lánzales encima tantos «hechos» que se sientan abrumados pero totalmente al día en cuanto a información. Entonces tendrán la sensación de que piensan, tendrán la impresión de que se mueven sin moverse. Y serán felices porque los hechos de esta naturaleza no cambian. No les des ninguna materia delicada como

Filosofía o la Sociología para que empiecen a atar cabos. Por ese camino, se encuentra la melancolía.»

Me detuve un instante en el pasillo, con la mano en el picaporte. La puerta tenía un ojo de buey por el que vi a Garrido, lleno de sondas, cables y goteros. Sostenía de mala manera uno de los libros que le había traído un par de días antes; entonces estaba en plena crisis y no me dejaron verlo. Respiré hondo y me comí las lágrimas, convencida de que nunca estaría preparada para aquello. Empujé la puerta con decisión. —Creía que nunca me dejarías el camino libre —dije alégremente.



Garrido me miró con ojos brillantes de placer.

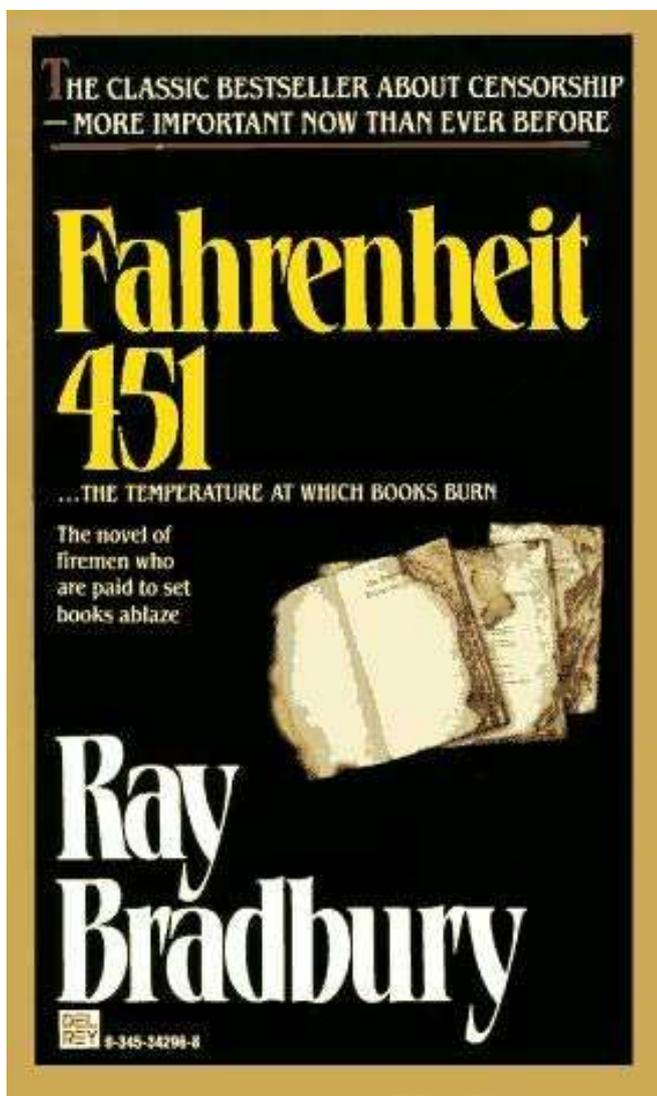
—¡Redios! ¡La niña! ¿Ya te han nombrado jefa de redacción? —apenas reconocía su voz a causa de la sonda nasal.

—Sólo en funciones..., el director dice que «Garrido será nuestro Jefe de Redacción mientras le quede un Hábito de Vida», te juro que se notan las mayúsculas.

Gerardo hizo un gesto despreciativo.

—Siempre fue un imbécil sentimental o un sentimental imbécil..., no sé qué cojones es peor. —Me miró con malicia—. Pero tú tranquila, va a ser cuestión de días, un par de semanas como mucho. —Señaló con el libro hacia el gotero—. Morfina a chorro, no pueden hacer otra cosa.

Sentí que los ojos se me arrasaban y le quité el libro para disimularlo.



—«Fahrenheit 451», la temperatura a la que arde el papel: bomberos quemando libros,

un mundo dominado por las telenovelas y los reality-shows, buenos y leales ciudadanos, disfrutando de la felicidad en cómodos tetra-bricks... Eso es empezar duro.

—¡No es para tanto! —respondió el viejo gruñón—. ¡Redios! Si al final acaba bien y todo.

—No recuerdo yo un final feliz, precisamente.

—¡Claro que sí! ¡Termina con un renacimiento! ¡La hostia!..., y nada renace sin morir primero; el problema es que la gente vive como si no se fuera a morir nunca.

—Yo creo que la película es un poco más esperanzadora, suprime alguno de los aspectos más negativos.

—¡Nada de eso! ¿Por qué lo dices?, ¿por que esconden la guerra? Yo no veo nada de positivo en eso, ni siquiera veo intencionalidad, simplemente no les cabía. No fue la guerra lo único que quitaron, también se llevaron por delante a Faber y al Sabueso y me idiotizan al capitán Beatty, el jefe de bomberos, para ahorrarse esas magníficas discusiones con Montag, a golpe de cita.

—No es sólo por quitar la guerra, hay más cosas, por ejemplo, Truffaut salva a Clarisse y permite un toque romántico, aunque el propio Truffaut lo negara; yo eso lo veo positivo.

—¡No me vengas con romances!, en el libro no hay ninguno... ni falta que hace.

—Me parece que te haces el duro, como siempre, pero al final, el amor es lo único que cuenta, me lo has dicho muchas veces. Me parece que la película tiene sus aciertos: el apodo de «hombres-libro», por ejemplo, es muy gráfico y no es de Bradbury. Me recuerda a lo de «Elemental querido Watson», que no encontrarás en ninguna novela de Conan Doyle. También es buena idea suprimir a Faber, ese tío mata la historia completamente.

—Estoy de acuerdo en que a Bradbury se le fue la olla con Faber y su radio, hablándole a Montag al oído, ¡redios! ¡Es patético! Pero a pesar de eso, tenían que haber mantenido el personaje en la película; es fundamental en la evolución de Montag, mucho más que Clarisse, que no actúa más que como detonante.

—Por eso Truffaut refuerza el papel de Clarisse dándole más peso en la historia.

—¡Peso! ¿A eso le llamas «peso», niña? Pero si se saca de la manga escenas ridículas. Vale que se dedique a podar el libro, pero todo el trozo de la escuela, que se lo inventan en la película, no sé a qué santo viene, ¡da grima!

—No es para tanto, lo que pasa es que ha envejecido mal; el cine de la Nouvelle Vague no pasó de ser un experimento de jóvenes sin un duro y, ahora, tanto pseudo-realismo resulta chocante.

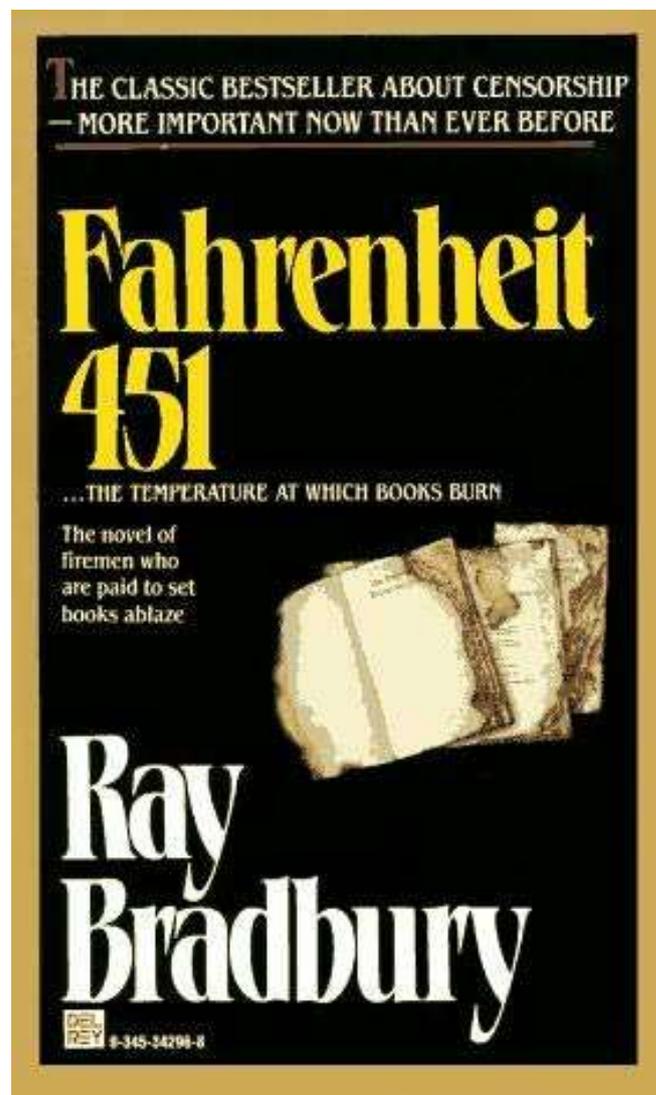
—¡Déjate de melindreces de erudita! La verdad, la auténtica verdad, es que no se puede hacer una película con ese libro porque no hay historia, porque a Bradbury, el argumento se la trae floja.

—Pues van a rodar otra, ¿lo sabías?

—¡Pierden el tiempo! Lo que cuenta de 451 es lo que dicen los personajes y eso no se puede llevar a la pantalla y soltarlo en un par de horas. Todo el libro no es más que una cascada de reflexiones sobre ese mundo, teóricamente futuro, pero que en realidad es el nuestro, el de todos los días.

»Bradbury diseña una sociedad de cartón-piedra y coloca en ella unos monigotes, para poder decir todo lo que quiere decir. Fíjate, por ejemplo, lo que opina Clarisse sobre la educación, recuerda que Clarisse es una adolescente de dieciséis años, no la maestra que se inventan en la película: «No considero que sea sociable reunir a un grupo de gente y, después, no dejar que hable. Una hora de clase de TV, una hora de baloncesto, de pelota-base o de carreras, otra hora de transcripción o de reproducción de imágenes y más deportes. Pero ha de saber que nunca hacemos preguntas o, por

lo menos, la mayoría no las hace; no hacen más que lanzarte respuestas, ¡zas!, ¡zas! [...] Esto no tiene nada que ver con la sociabilidad. Nos fatigan tanto que al terminar el día, sólo somos capaces de acostarnos, ir a un Parque de Atracciones para empujar a la gente, romper cristales en el Rompedor de Ventanas o triturar automóviles en el Aplastacoches, con la gran bola de acero»

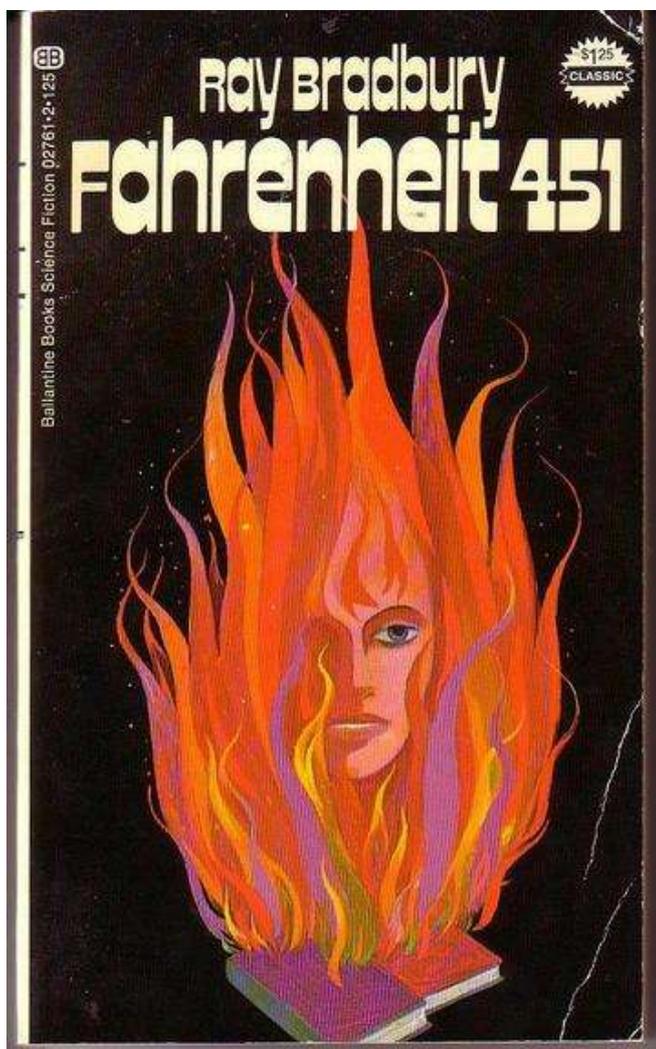


—Pienso que estás muy equivocado al decir que no hay una historia, la ruptura de Montag y Mildred es una historia tristísima. Ese momento en el que Montag le pregunta a su mujer «¿Dónde y cuándo nos conocimos?» y no logran recordarlo, es estremecedor. Con unas pocas líneas, Bradbury está contando una historia entera de incomunicación y desamor. Esos párrafos me

afectan tanto como el intento de suicidio de Mildred.

»Por otro lado, tu dices que reflexiona sobre un mundo teóricamente futuro, pero es que para Bradbury nuestro mundo de hoy, «es» el futuro, ten en cuenta que escribió Fahrenheit 451 en 1953.

—¡Hay que joderse! Siempre me he preguntado, si hace medio siglo el mundo ya se parecía tanto al nuestro o es que Bradbury era presciente. En el 53, la televisión apenas había nacido, pero Mildred y sus amigas no viven más que para las telenovelas y los reality-show.



»Pero en realidad me da lo mismo, sea como sea, muchas de las cosas terribles que aparecen en el libro están ocurriendo en este momento, no hay más que pensar en la sencillez con la que se llega a ese mundo sin libros, en palabras del capitán Beatty:

«...los clásicos reducidos a una emisión radiofónica de quince minutos. Después vueltos a reducir para llenar una lectura de dos minutos. Por fin, convertidos en diez o doce líneas en un diccionario [...] Los años de Universidad se acortan, la disciplina se relaja, la Filosofía, la Historia y el lenguaje se abandonan, el idioma y su pronunciación son gradualmente descuidados. Por último, casi completamente ignorados. La vida es inmediata, el empleo cuenta, el placer lo domina todo después del trabajo. ¿Por qué aprender algo, excepto apretar botones, enchufar conmutadores, encajar tornillos y tuercas?»

—Tienes razón en que es una sociedad despreciable, sin embargo, los hombres que la han construido son unos idealistas. El capitán Beatty es un idealista fanático que solo desea lo mejor para la humanidad. —Tomé el libro de las manos de Garrido para buscar un párrafo. Mis dedos rozaron los suyos, fríos y secos como rastros de invierno y un escalofrío me recorrió la espalda. Encontré lo que buscaba y lo leí, engolando la voz para disimular mi turbación.— «Hemos de ser todos iguales. No todos nacimos libres e iguales, como dice la Constitución, sino todos *hechos* iguales. Cada hombre, la imagen de cualquier otro. Entonces, todos son felices, por que no pueden establecerse diferencias ni comparaciones desfavorables. ¡Ea! Un libro es un arma cargada en la casa de al lado. Quémalo. Quita el proyectil del arma. Domina la mente del hombre. ¿Quién sabe cuál podría ser el objetivo del hombre que leyese mucho? ¿yo?»

»Cómo bien dice Goya —concluí—, «El sueño de la razón engendra monstruos»

—¡Y qué lo digas! Estos idealistas, cómo tu les calificas, ¡esos jodidos idealistas!, sueñan con hacer feliz a la humanidad entera, ¿qué digo «hacer»? quieren entregar la felicidad en bandeja, cómodamente empaquetada, lista para usar, escucha —Garrido pasa un par de páginas—: «¿Qué queremos en esta nación, por encima de todo? La gente quiere ser feliz, ¿no es así? ¿No lo has estado oyendo toda tu vida?

«Quiero ser feliz», dice la gente. Bueno, ¿no lo son? ¿No les mantenemos en acción, no les proporcionamos diversiones? Eso es para lo único que vivimos, ¿no? ¿Para el placer y las emociones? Y tendrás que admitir que nuestra civilización se lo facilita en abundancia». Para el capitán Beatty, tu «idealista» capitán Beatty, los bomberos son los «Guardianes de la Felicidad». Le explica a Montag que «...nos enfrentamos con la pequeña marea de quienes desean que todos se sientan desdichados con teorías y pensamientos contradictorios».

—No hace falta tanta mordacidad para que admita que los mayores idealistas han traído las mayores desgracias, pero al principio, ese idealismo parece necesario. Cuando los libros se convirtieron, aparentemente, en un obstáculo para lograr la felicidad, quemarlos adquirió un significado simbólico. Yo creo que así debió comenzar todo.

—¡Idiotas! ¡Imbéciles descerebrados! ¡No entienden lo que «es» un libro! Creen que se puede quemar, que quemándolo lo destruyen, desaparece, deja de existir. Los bomberos sacralizan el libro, el libro físico, con sus tapas y sus guardas, con sus páginas y sus forros y hacen de sus hogueras una liturgia cargada de significado. ¡Pero el cabrón de Bradbury conoce la verdad, tal y cómo Faber se la explica a Montag!: «No es libros lo que usted necesita, sino algunas de las cosas que en un tiempo estuvieron en los libros. El mismo detalle infinito y las mismas enseñanzas podrían ser proyectados a través de radios y televisores, pero no lo son. No, no: no son libros lo que usted está buscando. Búsquelo donde pueda encontrarlo, en viejos discos, en viejas películas y en viejos amigos. [...] Los libros sólo eran un tipo de receptáculo donde almacenábamos una serie de cosas que temíamos olvidar. No hay nada mágico en ellos. La magia sólo está en lo que dicen los libros».

—Son palabras verdaderas, no cabe duda y hoy día está pasando algo parecido. Hay mucha gente enamorada de los libros, los coleccionan y los atesoran pero nunca los leen y se llenan la boca hablando contra las páginas web, sin percibir la diferencia entre

continente y contenido. Incluso a Montag le resulta difícil de entender. Cuando se reúne con los hombres-libro, a pesar de saber que memorizan los libros, al descubrir que después los queman para no ser perseguidos, sufre una fuerte impresión, no comprende que lo único que ha cambiado es el medio, el mensaje pervive. Pero él sigue viendo algo sagrado en el libro en sí mismo, por lo que es, tanto si contiene una obra de arte o es pura bazofia, ya sea novela o poesía...



—¡La poesía que la quemen! ¡No hay problema! Estoy de acuerdo con esa amiga de Mildred que le responde Montag, después de que este les haya leído un poema: «...poesía y lagrimas, poesía y suicidio y llanto y sentimientos terribles, poesía y enfermedad. ¡Cuanta basura!». ¡A la hoguera con la poesía y los poetas!

—A mí no me puedes decir eso, y lo sabes; he estado en tu casa y he visto tus libros: tienes poesía para hundir el edificio. Lo que pasa es que hay que cuidar la leyenda de Garrido, el canalla.

—Tengo los libros, es cierto, pero hace mucho, mucho tiempo que no los leo, en

realidad juré no leerlos nunca más. ¡Debería haberlos quemado!

—¿Y por qué no lo has hecho?

—¡Porque soy un viejo estúpido!..., —desvió la vista hacia el embozo de la sábana, como avergonzado—, estuve casado..., con una poetisa... ¿A qué viene esa cara? —me miraba de reojo—. ¿No puedo haberme casado?

—¡Como poder...! Pero admitirás que para enamorarse de ti, hacen falta un par de ovarios.

—¡Puede ser! El caso es que me casé... ¡Fue un desastre!

—¡No me digas!; ¿No funcionó? —no pude evitar un deje sarcástico.

—¡Calla, niña!

—Como me vuelvas a llamar niña te comes el gotero, te lo digo en serio.

—¡Será posible que me amenace una puta becaria de los cojones!

—Descanse sargento Garrido, ya hace diez años que dejé de ser una *pebeca*. Y cuéntame la historia de tu matrimonio..., debe ser graciosa.

—¡Graciosa! ¡Pues ni puta gracia que me hizo a mí! Lágrimas, llanto, enfermedad, suicidio..., todo el paquete completo que cuenta la amiga de Mildred

—¿Ella se suicidó?

—Ella no, ¡cojones! ¡Yo! O al menos lo intenté. Ahora si que estaba realmente sorprendida.

—Jamás hubiera pensado en ti como candidato al suicidio.

—Pues lo intenté... Desde entonces aborrecí la poesía... ¡Qué verdad dice Beatty! «Dale unos cuantos versos a un hombre y se creará

el Señor de la Creación» ¡Y a una mujer, no te digo nada!

—Sé que en el fondo no piensas eso, la poesía es la más alta manifestación de la literatura. Inteligencia, amor y vida convertidos en palabras.

—¡Paparruchas!

—«La poesía es un arma cargada de futuro» dice Blas de Otero, y es difícil expresar tanto con tan pocas palabras, esa es la magia de la poesía, esconder un universo, ¡mil universos!, en un puñado de palabras. En realidad Bradbury es un poeta, o crees que se puede escribir esto sin serlo: «El Sabueso no tocaba el mundo. Llevaba consigo su silencio, de modo que, a través de toda la ciudad, podía percibirse el silencio que iba creando».

Garrido se recostó en la almohada, fatigado. La voz se convirtió en un susurro.

—Ya puedo oír el silencio del Sabueso, pero mientras me alcanza haré lo que los hombres-libro le recomiendan a Montag: «Llena tus ojos de ilusión. Vive como si fueras a morir dentro de diez segundos.», lo último lo tengo fácil, pero sólo tu puedes llenar mis ojos de ilusión, niña.



GRIS

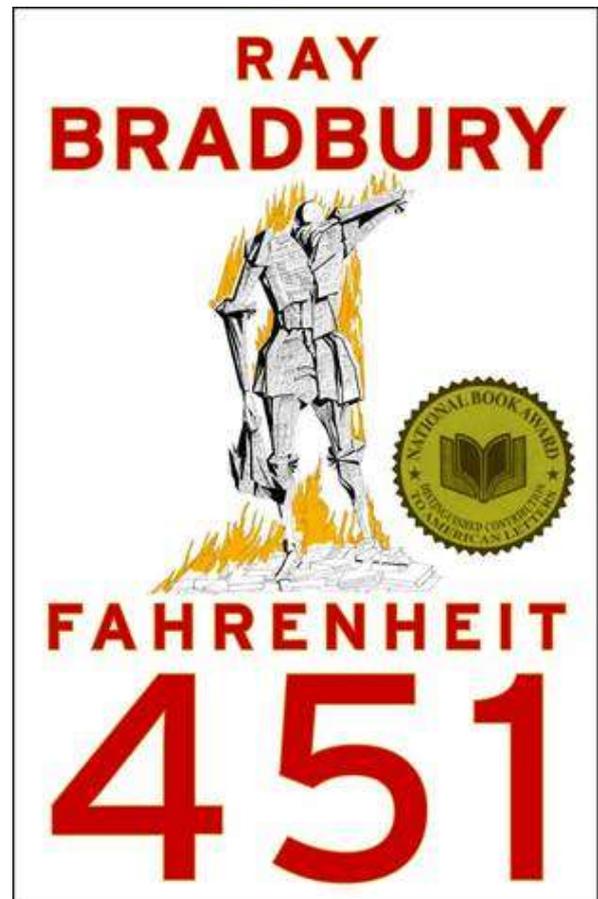
Gabriel Romero de Ávila

Érase una vez un antiguo pueblo en las montañas al sur de Nilidia, una villa de hombres duros como la roca sobre la que vivían, y a la que pusieron por nombre Arrah. Su cielo era permanentemente gris, su suelo un erial apenas sin vida, y su agua tan escasa como la felicidad de sus pocos habitantes. A veces te preguntas cómo es posible que el hombre asiente en lugares tan remotos, tan aislados, pero las gentes de Arrah se habían acostumbrado a existir sin soñar otra cosa, a no mirar al cielo pidiendo lo que no llegará, y a ignorar el tortuoso camino que les conectaba con el resto del mundo. Para ellos el universo entero acababa en esas montañas, y generación tras generación se habían contentado con no conocer nada más. Allí no había regímenes, ni otros gobernantes que ellos mismos, y poco les importaban el caduco Imperio Británico del que se independizaron, la revolución islámica que recorrió el país, o los ajenos gritos de libertad en las ciudades, tan lejos que no pudieron oírlos. Allí nunca hubo gritos, ni rezos, ni opresión ni dictadores, sólo hubo roca, malas cosechas y dejar pasar el tiempo, vivir al día, sabiendo que cada día ganado a la montaña es una dulce recompensa.

Hasta que llegó el anciano.

Fue un día gris como cualquier otro, una mañana oscura y triste típica de la vida en Arrah, cuando el hombre llegó montado en un burrito, cabalgando a través del camino al que nadie miraba, y por eso pudo llegar hasta el mismo pueblo sin que se dieran cuenta. Habló con ellos, pero no le entendían, y tampoco es que les importara demasiado. Un extraño a lomos de un burro que quiere conocer al gobernador, lo que tiene que ver uno. Un tipo de ciudad, ¿qué se le habrá perdido aquí?

Los labradores le mandaron al herrero, y el herrero le mandó al fabricante de carros, y



éste al afilador, y aquél al panadero, porque nadie sabía muy bien qué contarle al forastero, ni verdaderamente qué idioma hablaba. El panadero, a diferencia de los otros, era una persona astuta, y pensó que tal vez aquel viejo y su burro eran alguna estratagema para engañar a la gente de aldea (es bien sabida la suspicacia del pueblo llano hacia todo lo que venga de fuera, que suelen rechazar a veces de modo violento, con el fin de preservar su modo de vida), así que lo envió a las fuerzas del orden (en realidad un soldado gordo y canoso que llevaba cincuenta años en la misma garita, obligado por su deber a custodiar patatas y pedregales, por si alguno de los dos daba problemas). Y aquel soldado perezoso y sudado, que en vez de inteligente era astuto, hizo lo único que había aprendido en sus largas décadas de servicio en Arrah: preguntó a sus superiores. Y así fue como el anciano habló con el gobernador.

Las primeras impresiones fueron malas. El gobernador, como todos sus conciudadanos,

era un hombre gris, él más incluso que otros por el hecho de ser un funcionario (¿quién ha visto un funcionario alegre y contento, aunque su cielo no sea tan oscuro como el de Arrah?). Y este hombre gris miró al visitante con recelo, porque era la primera vez en su vida que alguien venía al pueblo, y entre sus ojos pesados le preguntó:

“¿Qué quiere usted de nosotros?”.

“Les traigo libros, los libros que nunca tuvieron”.

“¿Que trae qué?”.

Y le enseñó sus alforjas, llenas hasta los topes de viejos libros cubiertos de polvo que llevaban años sin que nadie los leyera, tal vez siglos. Polvo de antiguas bibliotecas donde fueron olvidados, polvo del desierto que el anciano había cruzado con ellos. Pero ni aun así el gobernador relajó el entrecejo.

“¿Y qué pretende hacer con eso?”.

“No pretendo nada. Les dejaré aquí estos libros para que los usen como quieran. Yo marcharé al siguiente pueblo a llevar otros cuantos, y volveré dentro de unos años, a ver qué es de ustedes”.

“¿Y qué quiere que hagamos?”.

“Lo que les plazca, ésa es su libertad. Yo sólo les doy la posibilidad de mejorar, de no negarse oportunidades. Depende de ustedes tomarlas o no”.

Así que aquellos libros quedaron en un pequeño almacén, junto al de las hortalizas y el de la carne para desecar, y uno por uno se fueron olvidando de ellos. Un loco sin sentido, este tipo. Qué ideas más raras tiene la gente. Y pasó el tiempo.

Hasta que los niños empezaron a visitar el almacén.

Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podían hacer para divertirse, en aquel lugar oscuro y silencioso donde su alegría quedaba fuera de lugar? Los niños son curiosos por naturaleza, y ese lugar siniestro les llamaba mucho la

atención. ¿Qué era aquello? ¿Para qué servía? ¿Se podía jugar allí dentro? ¿Se podía jugar con esos... cómo se llaman... libros?

¿Qué era lo que el anciano había dejado allí? ¿Libros? ¿Qué libros? El Corán, “La República”, de Platón, física, trigonometría, filosofía y poética. Sófocles, Darwin, Thomas Hobbes, Cervantes. Árabe, latín, inglés, francés, italiano. El ayer, el mañana, el saber, el alma.

Y los niños dejaron de jugar allí dentro, y se pusieron a leer.

Un día el anciano regresó, también montado en un burro. Era más viejo, y se le veía muy cansado, pero fue recibido como un héroe. Un hombre maduro se adelantó a sus compatriotas, uno de aquellos niños del almacén, ahora con sus propios hijos a los que había enseñado muchas cosas, y procuró que al anciano no le faltase de nada. Lo alojó en su propia casa y le sirvió un banquete, le explicó cuánto había significado en su vida aquella improvisada biblioteca, y el viajero sonrió.

“Me alegro de que les sacarais partido, para eso los traje. Hay un último libro que quiero tengáis, uno que es muy especial para mí”, y metiendo la mano en su abrigo sacó un montón de páginas mohosas atadas con cuerdas, con un fuerte olor a podrido.

“Su nombre es *Fahrenheit 451*. Es una novela. Una novela de ciencia-ficción”.

“¿Y de qué trata, señor? ¿Por qué es tan importante para usted?”.

“El resto de libros os daban ideas, conocimientos, sensaciones... pero éste os enseñará a cuestionaros todo, a no creer lo que os digan los poderosos, ni los sabios, ni los que os regalen libros. A tener criterio propio aunque duela, a defenderlo ante quien sea, porque es vuestro y creéis en él, y porque los poderosos se cagan en los pantalones ante las ideas de los pobres, porque sois infinitamente más poderosos que ellos. Leedlo. Os enseñará a pensar. Os enseñará a saber leer. Os enseñará a escribir

vuestras ideas y transmitir las al futuro, para que no se olviden”.

El hombre asintió agradecido y se guardó el libro, como un tesoro, y a partir de entonces aprendió a leer de verdad. Y Arrah fue un pueblo conocido en el mundo, porque hubo un filósofo nacido en sus tierras, y una escritora, y un astronauta, y un pintor, y también hubo gente que siguió viviendo bajo los cielos grises de Arrah, pero por propia voluntad, no porque no tenían oportunidades. Y desde luego ellos nunca fueron grises, sólo el clima.

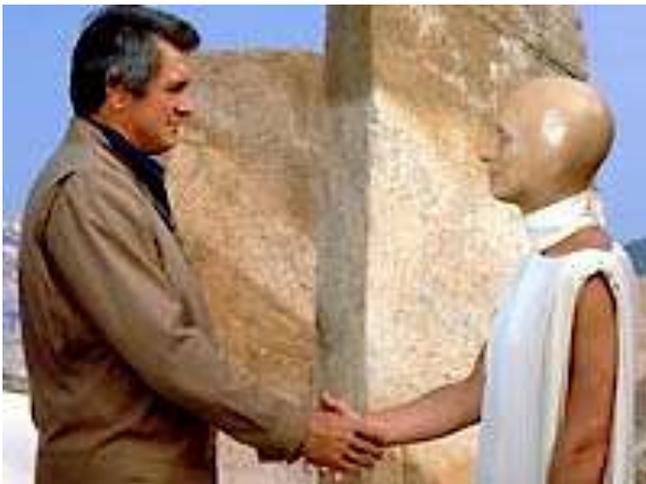
Y el viejo siguió recorriendo pueblos y entregando libros, como el que entrega esperanza. Su nombre había sido Taymullah, Ministro de Educación de Nilidia tras el alzamiento islamista que expulsó de allí a los conquistadores británicos, y los proclamó república. El mismo Taymullah que fue expulsado del Gobierno por llamar a la libertad del individuo y a la insurrección pacífica, y que finalmente sólo halló paz en entregar la cultura a aquéllos que nunca tuvieron. Porque después de tanto como había luchado, los únicos que nunca le defraudaron fueron los hombres llanos, ni los libros, ni Ray Bradbury, ni la esperanza. Ellos no entendían de partidismos ni intereses, ni de quién debería llevar siempre razón. Ellos no flaquearon, ni perdieron nunca. Ni le dejaron por imposible.



BRADBURY FOREVER

Jorge Zarco Rodríguez

Ray Bradbury fue a lo largo de toda su carrera el responsable de un pequeño (o gran) milagro, dignificar la ciencia ficción como un género (no subgénero, que rima con subproducto) apto para toda clase de lectores inteligentes y personalidades inquietas en busca de lecturas que valiese la pena releer una y otra vez como los grandes clásicos. Miembro del selecto grupo de los “grandes” junto a Asimov, Clarke o Heinlein (a decir verdad faltan otros muchos, pero no es ocasión de mencionarlos aquí), Bradbury no solo escribió literatura fantástica en general si no literatura con mayúsculas, de las que seducen a toda clase de lectores más allá de manías o pasiones.



Un servidor descubrió a Bradbury a la tierna edad de diez años, cuando un primo mío me regaló una recopilación de cuentos de una colección editada a comienzos de los setenta. Era el año 1984 y el relato en cuestión era *El zorro y el bosque*; lo leí de una sentada aquella mañana en el pueblo de mi abuelo, y lo que me conmovió no fue la tragedia de dos fugitivos del tiempo que huyen de agentes policiales provenientes de su distante futuro, sino la poesía que emanaba su prosa.

Poco después, tuve a oportunidad de ver en un pase televisivo la psicodélica adaptación

al cine de *El hombre ilustrado* (69) con Rod Steiger. Me impresionó tanto la cruel paradoja de un hombre cuyo cuerpo ha sido tatuado con visiones del futuro que vendrá, que inicié un comic basado en ella que jamás terminé.

En aquel tiempo, comienzos de los ochenta, también emitieron la miniserie *Crónicas marcianas* (80) con Rock Hudson, que quizá no daba la talla con la calidad de la obra original (¿Qué adaptación alcanza la grandeza de la obra literaria?) pero tampoco estaba tan mal, la verdad.

Una novela fragmentada en relatos que adoraba Borges sobre la imposibilidad del ser humano de convivir y respetar una civilización ancestral que agoniza ante la llegada de los visitantes (o invasores) terrícolas a las llanuras marcianas.

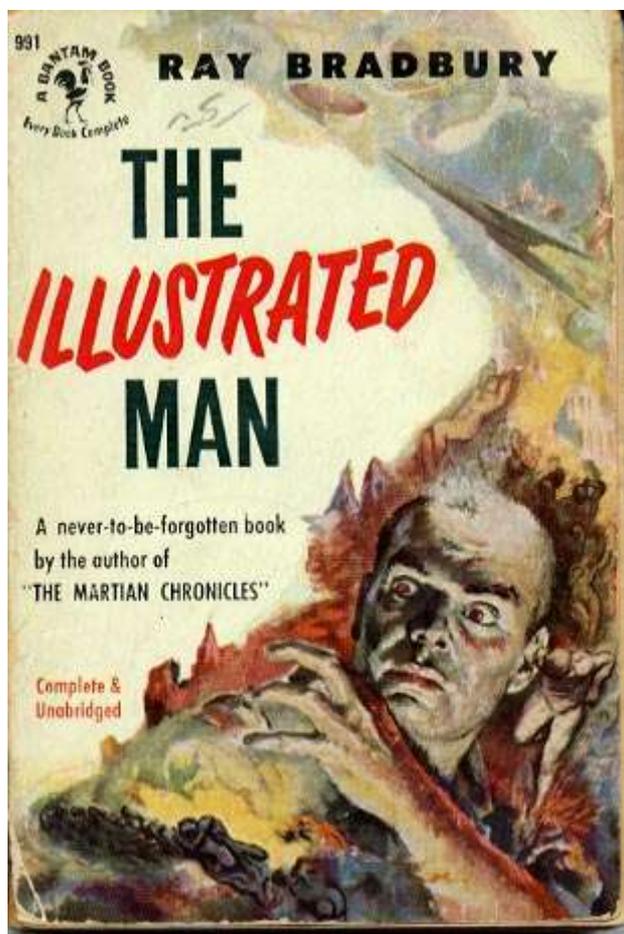
Una sesión de sábado por la mañana visioné *Fahrenheit 451* (66) del magnífico François Truffaut, la más popular de las adaptaciones de Bradbury, cuyo rodaje fue un calvario para el cineasta por sus continuos enfrentamientos con su protagonista Oskar Werner, y que Mel Gibson afirmó detestar a los cuatro vientos mientras anunciaba su propia versión.

Todo lo contrario de un Spielberg que adoraba a Truffaut como cineasta y como persona. Gibson jamás filmó su *Fahrenheit* y Frank Darabount mantiene el suyo en vilo desde hace varios años. Homenaje al acto de leer y amar los libros (Bradbury adoraba las bibliotecas), su conmovedor final con los hombres libros leyendo y memorizando, a salvo de los bomberos destinados a quemar las obras impresas, es uno de los instantes más poéticos de toda la historia del cine de ciencia ficción. Es cierto que faltan detalles como el perro robot o la guerra nuclear, pero la obra de Truffaut es pura poesía visual.

En 1982, la Walt Disney adaptó *El carnaval de las tinieblas* con Jack Clayton a la dirección y Bradbury al guion, proyecto que tentó a Sam Peckinpah y Spielberg sobre una feria que transmite el mal allá donde es

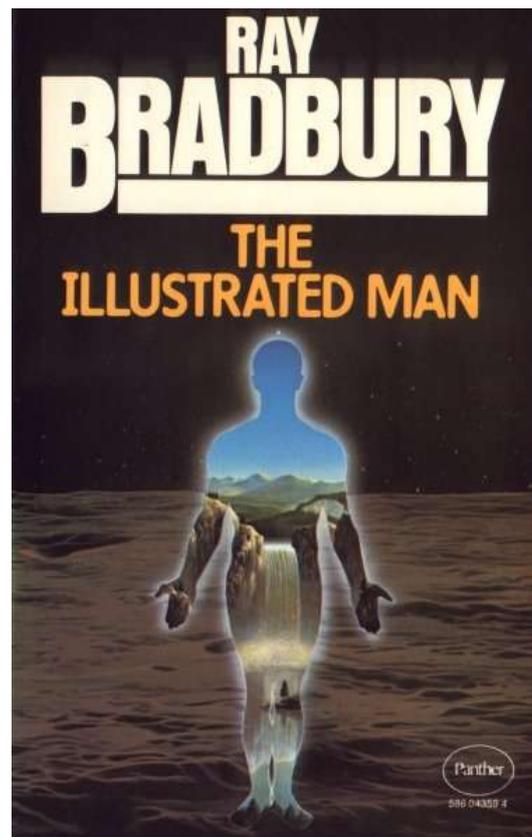
instalada y que es mucho mejor que lo que ciertos mentideros van propagando por ahí.

Su estrepitoso fracaso (al igual que le ha pasado a John Carter) casi la condenó a la desaparición total; aquí llegó directa a video. Quizá las (discutibles) decepciones con el medio cinematográfico llevaron a Bradbury a colaborar en míticas teleseries (Alfred Hitchcock presenta) hasta crear la suya propia: *The Ray Bradbury Theatre* (85-92). Pero en 2005, un Peter Hyams en horas (definitivamente) bajas perpetró un aborto; *El sonido del trueno*, que echaba por tierra el magistral relato que la inspiraba sobre la fragilidad del tiempo y que un insignificante acto en el pasado puede provocar una hecatombe en el futuro.



El mayor logro de Bradbury en el cine fue su guión para el *Moby Dick* (56) de John Huston, que también quiso adaptar *Crónicas marcianas* y que James Cameron planeó llevar también como miniserie. Zack Snyder (director de 300) quiere actualizar *El*

hombre ilustrado y suenan ecos en el ambiente de adaptar *El vino del estío* y *Las doradas manzanas del sol*.



Que ironía que a Bradbury se le adapte masivamente tras su muerte (como a Philip K. Dick) pese a que sus noventa y un años han dado para mucho por su nutrida y numerosa producción literaria. Ser un narrador moral (en ocasiones moralista) cuyo dominio del lenguaje ya quisiéramos poseer la mayoría de nosotros.

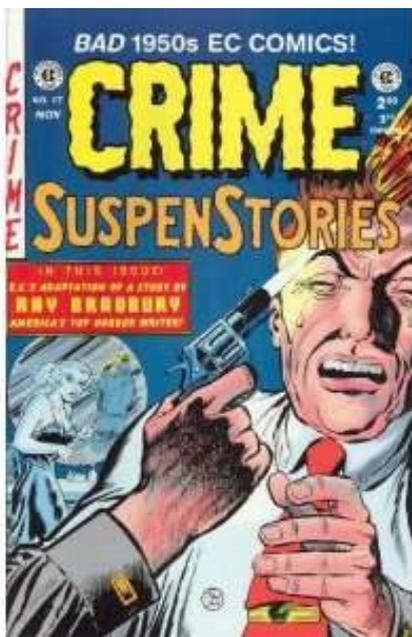
Con Harlan Ellison muy enfermo, se nos están marchando los grandes, cuyo brillo no obstante adivinamos en lo profundo de una noche estrellada. Brillos que nos llevan a ser nosotros mismos autores de nuestras ficciones, que a ser posible memorizaremos para tenerlas orgullosos dentro de nosotros.

Maestro, descanse en paz. (1920-2012)

RAY BRADBURY Y EC CÓMICS

J. Javier Arnau

Aunque Ray Bradbury estuviera implicado alguna vez en los guiones de adaptaciones de obras suyas al cómic (como por ejemplo, la adaptación de Fahrenheit 451), el caso, digamos, más curioso, lo podemos encontrar en su relación con la editorial EC Cómics; en los años 50, esta editorial que mantenía varias líneas editoriales en el mercado, adaptó algunas obras de Bradbury sin acreditarlo como autor.



Normalmente, los guiones de los relatos venían firmados por el combo editorial Bill Gaines/Al Feldstein, y ocasionalmente por los ilustradores que trabajaban para dicha editorial (Wally Wood, Bernard Krigstein, Richard Corben, etc). En el número 13 de Weird Fantasy, Ray Bradbury encontró que el cómic "Home to Stay" refundía en una dos historias suyas, "The Rocket man" y "Kaleidoscope". Entonces, ni corto ni perezoso, escribió, en términos amables, una carta a los editores: *"Solo una breve nota para recordarles un desliz. Todavía no me han enviado el cheque de 50 dólares por el uso de derechos de mis dos historias The rocket man y Kaleidoscope... Supongo que probablemente se debe a un descuido provocado por la habitual confusión del*

trabajo de oficina, y espero su pago en un futuro cercano."

Curiosamente, o no, a los editores les satisfizo esta solución, pagaron la cantidad requerida, y comenzaron una relación de colaboración que llevaría a publicar unas 27 adaptaciones. Algunas de estas adaptaciones son: "The Man Upstairs" (WF #12: "A Lesson in Anatomy"); "The Black Ferris"; "The Handler"; "The Screaming Woman"; "Let's Play Poison"; "There Will Come Soft Rains" (WF #17); "The October Game"; "The Small Assassin"; "The Long Years"; "Zero Hour" (WF #18); "King of Grey Spaces" (WF #19); "The Flying Machine"; "The Lake"; "I, Rocket" (WF #20); "The Million Year Picnic" (WF #21); "The Silent Towns" (WF #22). "Judgment Day" (WF #18), etc.

Las 25 colaboraciones "oficiales" de Ray Bradbury en EC Comics se dividen e en función del género de cada una de las líneas editoriales que por aquel entonces mantenía dicha editorial: suspense, terror o ciencia ficción. En el caso del suspense aparecen en *Crime Suspensories* (2) y *Shock Suspensories* (2). En las publicaciones de terror, en *Haunt of Fear* (2), *Tales from the Crypt* (2) y *The Vault of Horror* (3). En el caso de la ciencia ficción, aparecerían en los siguientes títulos: *Weird Fantasy* (6), *Weird Science* (6) y *Weird Science-Fantasy* (2).



Posteriormente, 16 de estas adaptaciones serían recogidas en dos publicaciones, *The Autumn People* (1965) y *Tomorrow Midnight* (1966), con portadas de Frank Frazetta y publicadas por Ballantine Books.

LAS CRÓNICAS MARCIANAS DE RAY BRADBURY

Jorge Vilches

La verdad es que no topé con Bradbury en ese momento. Años atrás leí *Fahrenheit 451*; *Fahrenheit 451*; una novela que hace sentir bien al lector por dos motivos: según devora las páginas se siente libre y, además, poseedor de un tesoro, el libro, que le incluye en la élite romántica de los portadores del saber humano. Recuerdo, además, que vi a Ray Bradbury en una serie de televisión, que resultó ser *The Ray Bradbury Theater*. Aparecía al final del capítulo, rodeado de chismes y libros viejos, con una camisa clara, el pelo blanco, entrado en carnes, sonriente y explicando alguna cosa.



Crónicas marcianas lo tenía en casa. Hacía unos años que se lo había comprado a mi compañera, una tarde en Fnac, para acompañar a mi libro de Thomas Harris titulado *El dragón rojo* (que me encantó).

Ella no pudo con *Crónicas*, pobre, porque no es su tipo de novela. Sí el mío. Lo devoré. Algún crítico advertía que no se trataba de un relato, sino de un conjunto de narraciones cortas que Bradbury había pegado. Se equivocan. El vínculo entre los mismos es muy fuerte.

Ray Bradbury es uno de esos autores que difícilmente podría encajar entre esos lectores y críticos que exigen una estricta pulcritud científica. Y menos entre los que dicen que la ciencia-ficción literaria está en peligro porque la tecnología “del futuro” ya está aquí, a nuestro lado, impidiendo que el lector busque el “sentido de la maravilla” en la lectura.

Crónicas marcianas no aguantaría un repaso científico pero consigue transmitir lo más importante de la ciencia-ficción: la capacidad para imaginar escenarios posibles. Bradbury no es ingeniero, ni astrofísico o informático, ni siquiera uno de esos biólogos que inventan thrillers sobre células madre. La creatividad en la ciencia-ficción no va ligada a la especialidad universitaria, sino a hábitos, inclinaciones y trabajo, mucho trabajo diario.

Crónicas marcianas contiene, además, un componente especial de la ciencia-ficción que lo distingue de otras temáticas, y es la posibilidad de filosofar sobre el Hombre, su naturaleza y su posición en el Universo. Esto lo hace Bradbury a la perfección, porque el hilo conductor de la obra es ese precisamente, el indagar sobre las debilidades y grandezas humanas, la psicología del individuo y el efecto del hombre en su entorno. Por esta razón no importa que el Marte de Bradbury no exista en la realidad, que en lugar de un lugar habitable en el que sus habitantes hablan cualquier lengua humana, sea un planeta inhóspito con restos de agua.

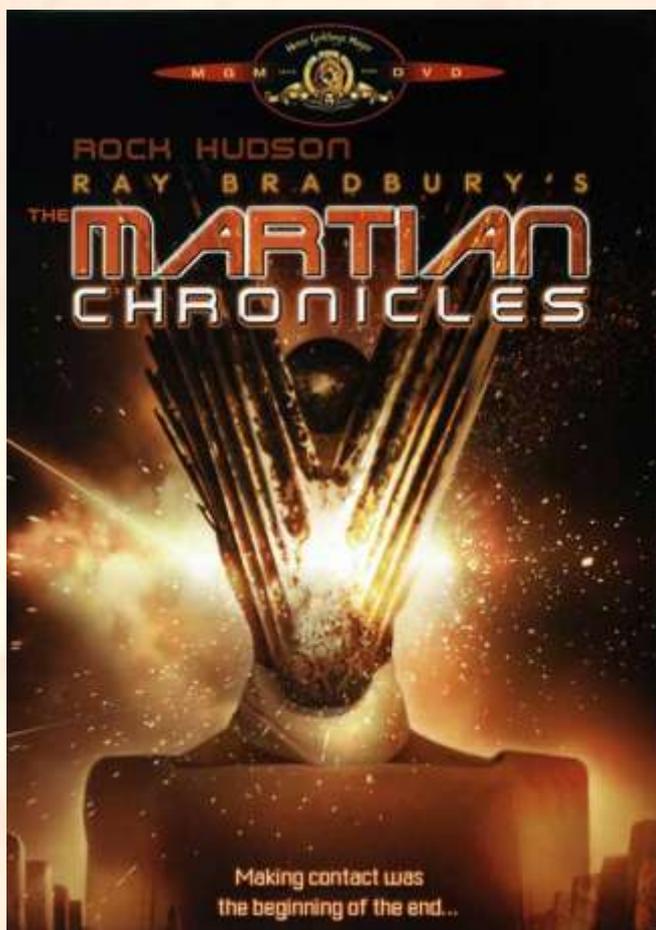
El retrato que hace del hombre es tan certero, en todos sus defectos, que es una obra atemporal. El tratamiento de la normalidad y de la relatividad cultural, tan apreciados por los occidentales, es excepcional. El cuento del hombre que

emplea su vida en llenar el desértico Marte de árboles terráqueos es aleccionador. Cualquiera vería con buenos ojos las intenciones de aquel individuo que quería convertir el árido paisaje marciano en un vergel, especialmente en una época en la que el ecologismo se ha convertido en una religión laica.

Sin embargo, en cuanto se ve desde otro punto de vista, el marciano, la conclusión es otra: el hombre violenta el paisaje natural a su conveniencia particular, sin orden ni control, sin respeto. Aquello dejaría de ser Marte para ser... ¿qué? Claro que es un Marte muy distinto del de Edgar Rice Burroughs o Leigh Brackett. La novela me gustó tanto que decidí proseguir con obras que tuvieran un fundamento filosófico, y me sumergí en Stanislaw Lem.

perdáis ni la novela -en el remoto caso de que no la hayas degustado ya- ni la serie.

Publicado en [Imperio Futura](#) el 14.III.2009



Para ahondar en la obra me bajé la serie *Crónicas marcianas*, protagonizada por Rock Hudson, con el *screenplay* de Richard Matheson. La serie está conseguida, con las libertades propias que ha de tomarse el medio televisivo, pero fiel especialmente al espíritu de la obra de Bradbury. No os

LA POESÍA MARCIANA DE RAY BRADBURY

Guillermo de la Peña

Ray Bradbury pertenecía, tal y como es ampliamente considerado, a la vertiente más poética de la Ciencia-Ficción literaria. Algo por lo que fue y sigue siendo absurdamente criticado por algunos sectores, tan sólo por el hecho de buscar la belleza en su prosa y utilizar la ciencia apenas como vehículo de su ficción. Contrariamente a los estilos de otros autores del género, al autor no le interesa si en Marte el cielo no es azul o si el aire no es respirable, si la telepatía puede o no puede ser posible, o si el Sol sale del Este para ponerse en el Oeste. “*Yo no proporciono verbiarios a los matemáticos y a los físicos*”, se defiende el escritor. Nunca necesitó dar importancia o verosimilitud a los elementos científicos de sus relatos, porque lo que más importa en ellos es el mensaje y la reflexión, casi siempre con las elevadas cotas de misantropía que caracterizan al autor.

De este modo, en *Crónicas Marcianas*, Bradbury nos narró con gran aliento poético la progresiva colonización del Planeta Rojo por la humanidad, utilizando dicho suceso como una metáfora para reflejar los males de nuestra sociedad y de los tiempos en que vivimos, rezumando al mismo tiempo una gran melancolía.

Ray Bradbury, nacido en 1920 y graduado en la escuela de secundaria Los Angeles High School en 1938, comenzó sus inquietudes literarias a la edad de 11 años. Desde su graduación hasta 1942, alternó su trabajo de vendedor de periódicos con su creación de relatos, consiguiendo publicar el primero en 1938 y los siguientes a través de diversas revistas como *Futura Fantasia*, de su propia creación (y muchas veces con diferentes pseudónimos para “hacer más bullo”; qué listo el muy capullín). Finalmente, tras una etapa de cinco años en los que fue ascendiendo poco a poco con sacrificio y dedicación, 1943 fue el año en que se convirtió en escritor profesional gracias a la

selección de *The Big Black And White Game* como el mejor relato del año en un concurso. A partir de ahí, acabaría consiguiendo la celebridad gracias a novelas o recopilaciones de relatos tan dispares como *El Hombre Ilustrado* (1951), *El Vino del Estío* (1957), y por encima de todas ellas su creación más célebre: *Fahrenheit 451* (1953); obras que, como vemos, fueron gestadas durante aquellos años tan celebrenmente tumultuosos y que al mismo tiempo fueron tan fértiles en términos literarios para el género.

Es también autor de numerosos ensayos y poemas (uno de ellos, *Christus Apollo*, fue convertido en una cantata por el gran compositor de bandas sonoras Jerry Goldsmith con la London Symphony Orchestra), guiones de televisión para las series *Alfred Hitchcock Presenta* y la excelente *The Twilight Zone*, y adaptó a Herman Melville al cine en el *Moby Dick* de John Huston. Hace unos años le fue entregada la Medalla Nacional de las Artes y las Ciencias.

Aunque esta ha sido mi primera lectura de *Crónicas Marcianas*, mi primer contacto tanto con esta obra como con el autor, muchos años atrás, se debió a la lectura obligada en el instituto de *Antología del Cuento Literario*, una genial compilación de relatos cortos de autores españoles y extranjeros de diferentes géneros, tipos y épocas. Como todos concordaréis, la primera reacción cuando somos obligados a leer un libro, y aún por encima en el instituto, es la de rechazarlo interiormente al tiempo que mentamos a la madre o incluso a la calavera del profesor de turno; y que por mucho de que se trate del mejor libro de la Galaxia o el mejor que leamos en nuestras vidas, bajo esas condiciones es muy complicado que algo llegue a gustar.

A pesar de esto, curiosamente, esta recopilación fue de los pocos libros de lectura obligada que logré disfrutar en aquella época, hasta el punto que ha acabado marcándome. Gracias a ella descubrí a Poe, Conan Doyle... y entre muchos más, a Ray Bradbury con su relato

“Los largos años”, uno de los últimos capítulos de *Crónicas Marcianas*. Ese fue uno de los textos que por aquel entonces más me gustaron de toda la *Antología del Cuento Literario*, y lo que más me sorprendió fue la gran melancolía que emanaba de la historia, equivalente a los desérticos horizontes de colinas y torres en ruinas de un Marte totalmente abandonado...

Este profundo sentimiento de soledad inunda prácticamente todas las páginas de *Crónicas Marcianas*. La mayoría de sus diferentes capítulos, comenzando por esa breve preciosidad titulada “El Verano del Cohete”, conforman historias independientes las unas de las otras que no persiguen ninguna continuidad más allá de la cronológica. El racismo, la ambición, las travesuras de los niños, los sueños y esperanzas, el colonialismo, el arte, el amor por los seres queridos o el inherente instinto bélico de los humanos son conceptos que Bradbury desarrolla a lo largo de todos ellos, sazónándolos con una finísima ironía.

“Y cuando todo estuvo perfectamente catalogado, cuando se eliminó la enfermedad y la incertidumbre, y se inauguraron las ciudades y se suprimió la soledad, los sofisticados llegaron de la Tierra.”

Con algunas historias conseguimos reírnos ante lo absurdo de algunas situaciones (“Los viejos”, “Los pueblos silenciosos”; incluyendo, por cierto, en el capítulo titulado “Usher II” un loquísimo homenaje en clave de sátira a nada menos que Edgar Allan Poe, fundamentado además en una sub-trama que será la que posteriormente le hará ganar *Fahrenheit 451*). Con otras muchas historias nos entristecemos ante la intensa sensación de soledad que desprenden (“Ylla”, “El marciano”, “Los largos años”), y con otras nos asustamos cuando reflexionamos sobre nuestro inherente carácter destructor, que conforma el principal punto de denuncia de este libro (“Aunque siga brillando la luna”, “Un camino a través del aire”). Se trata en definitiva de un genial compendio de capítulos muy variados que convergen hacia un final

amargo, reflejo de las ansiedades vividas por la sociedad norteamericana durante aquellos tiempos de la Guerra Fría en que el libro fue escrito, y un epílogo precioso que finalmente supone un esperanzador reinicio (¿hasta qué punto optimista o pesimista?) del ciclo de nuestra historia.

Leyendo las poéticas páginas de *Crónicas Marcianas*, nos damos cuenta de que, en el fondo, el mundo que nos describe Bradbury no es el Planeta Rojo, sino una extrapolación de nuestro propio mundo construida con el motivo de plantear y denunciar nuestras miserias.

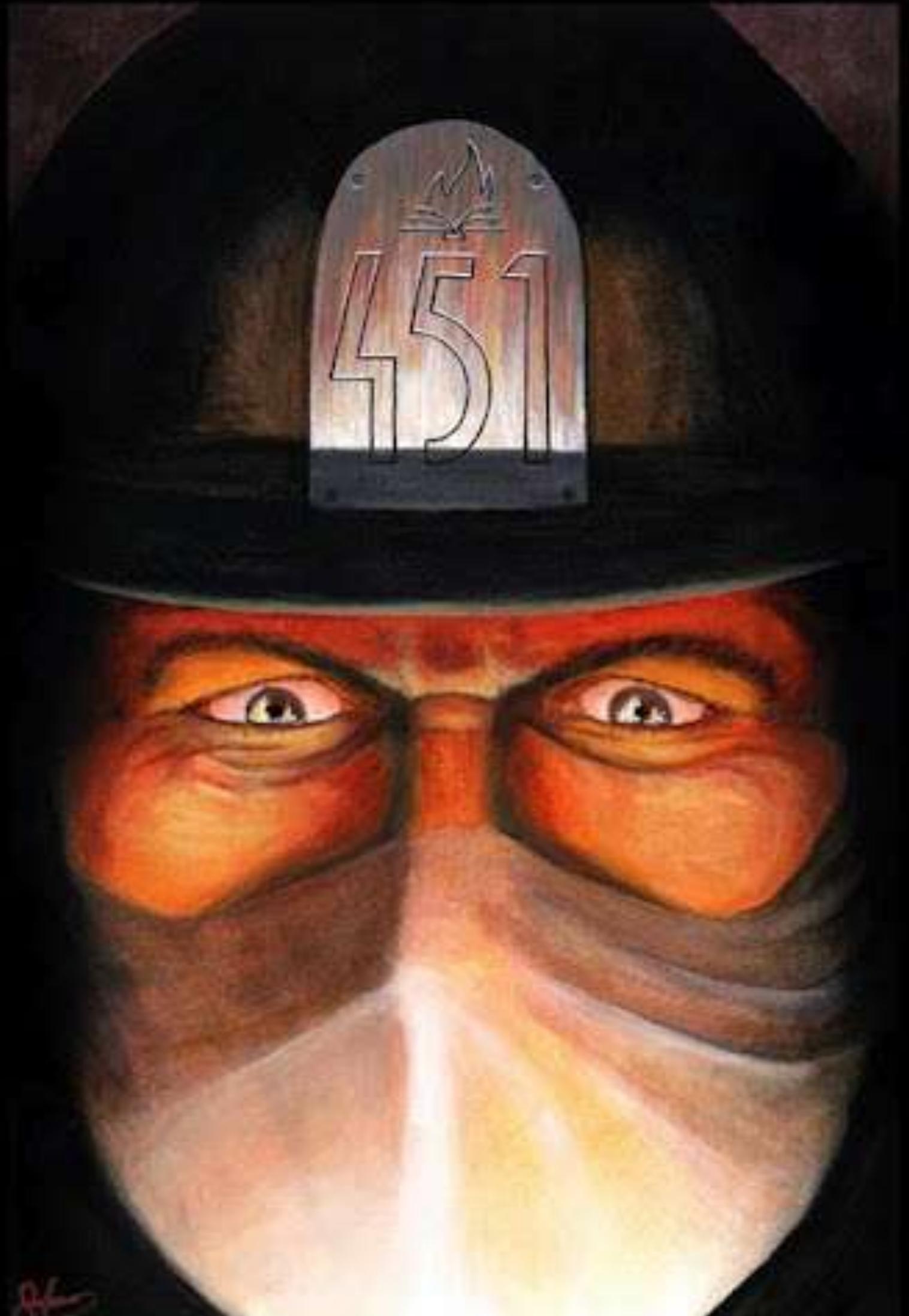
Allá donde vayamos, sea el Nuevo Continente, Marte o el rincón más alejado del Universo, los humanos seremos siempre los mismos seres llenos de soledad y de maldad, y siempre condenados a tropezar con la misma piedra hasta la eternidad. “*La historia nunca perdonará a Cortés*”, afirma un personaje en uno de los relatos más importantes de este libro.

“Por mucho que nos acerquemos a Marte, jamás lo alcanzaremos. Y nos pondremos furiosos, ¿y sabe usted qué haremos entonces? Lo destrozaremos, le arrancaremos la piel y lo transformaremos a nuestra imagen y semejanza.”

En resumen, una auténtica joya literaria que recomiendo a cualquier tipo de lectores, incluidos quienes nunca han leído nada de Ciencia-Ficción.

[Reseña originalmente publicada en el blog [PELICULEROS](#) con el título CRÓNICAS MARCIANAS (“THE MARTIAN CHRONICLES”; 1950), DE RAY BRADBURY].





FR

FAHRENHEIT 451: ILUSTRACIÓN

De: Guillermo de la Peña

"Era un placer quemar. Era un placer especial ver cosas devoradas, ver cosas ennegrecidas y cambiadas. Empuñando la embocadura de bronce, esgrimiendo la gran pitón que escupía un kerosene venenoso sobre el mundo, sintió que la sangre le golpeaba las sienas, y que las manos, como las de un sorprendente director que ejecuta las sinfonías del fuego y los incendios, revelaban los harapos y las ruinas carbonizadas de la historia. Con el simbólico casco numerado -451- sobre la estólida cabeza, y los ojos encendidos en una sola llamarada anaranjada ante el pensamiento de lo que vendría después, abrió la llave, y la casa dio un salto envuelta en un fuego devorador que incendió el cielo del atardecer, y lo enrojeció, y doró, y ennegreció. Avanzó rodeado por una nube de luciérnagas (...), mientras los libros, que aleteaban como palomas, morían en el porche y el jardín de la casa. Mientras los libros se elevaban en chispeantes torbellinos y se dispersaban en un viento oscurecido por la quemazón. Montag sonrió con la forzada sonrisa de todos los hombres chamuscados y desafiados por las llamas."
(De la traducción de Ediciones Minotauro; 2007).

Así comienza la poética distopía de 1953 de Ray Bradbury, uno de los clásicos literarios del siglo XX (y adaptado al cine en 1966 por François Truffaut)... y así es la imagen que siempre me ha venido a la mente leyendo esas líneas.



**Este número se
terminó de
maquetar el
domingo 17 de
junio de 2012**

